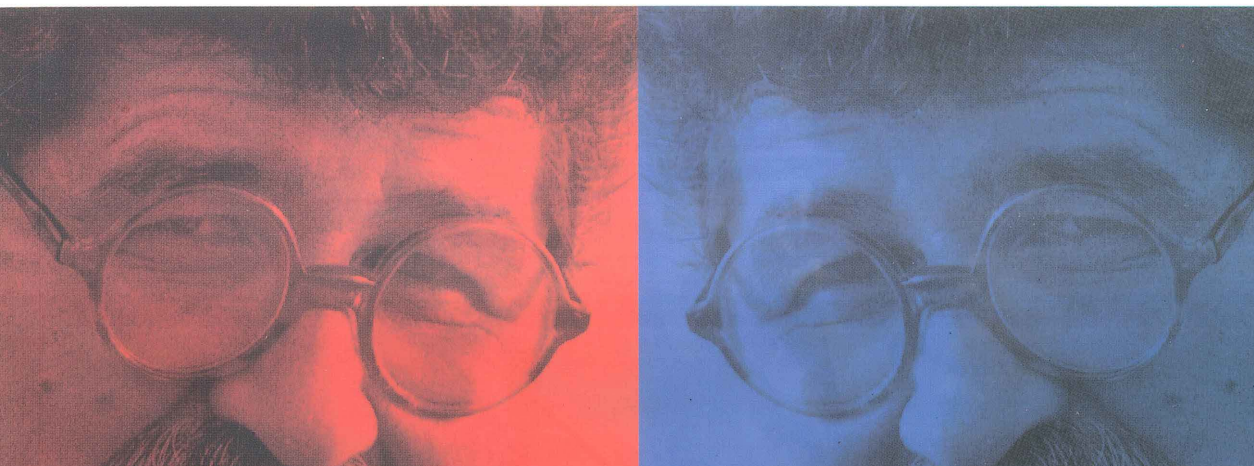


César Ferreira / Ismael P. Márquez

Editores



Capítulo 1

LOS MUNDOS DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Nuevos textos críticos



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ / FONDO EDITORIAL 2004

Los mundos de Alfredo Bryce Echenique (nuevos textos críticos)

Primera edición: setiembre 1994

Segunda edición: enero 2004

Tiraje: 500 ejemplares

© 2004, César Ferreira e Ismael P. Márquez (editores)
© 2004 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú
Plaza Francia N° 1164, Lima 1
Teléfonos: 330-7410 - 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Erik Chiri
Corrección de estilo: Alberto Ñiquen
Cuidado de la edición: César Ferreira y Gerardo Castillo
Asistente de edición del Fondo Editorial PUCP: Nelly Córdova

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-579-7
Hecho el Depósito Legal N° 1501052003-3008

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Una actitud ante la literatura y el arte

Alfredo Bryce Echenique

Como ante tantas otras preocupaciones de mi vida, creo haber adoptado una actitud dual ante la literatura y el arte. Y ello porque así ha sucedido también en mi vida. En efecto, a veces he sentido que la literatura es una fiesta en mi existencia, un placer, un goce intensamente alegre y hasta una necesidad fisiológica. Y, sin embargo, a veces he sentido con tristeza que escribimos para poner en nuestros libros aquello que no hemos logrado poner en nuestra vida. Pavese dice en su diario que la poesía nace de una carencia, de una privación, y lo prueba refiriéndose a un hecho muy cierto, la poesía griega sobre los héroes se escribe cuando los epígonos fueron expulsados de la patria que contenía la tumba de los héroes.

Detesto, sin embargo, aquella posición que afirma que el arte puede o debe nacer de un refugio de la vida en sí, o de una derrota sufrida en manos de la vida. Tales concepciones merecen mi desprecio a dos niveles. En primer lugar, me opongo a aquella actitud que pretende utilizar la vida únicamente en función del arte, es decir, a servirse de la experiencia y del vivir entre la gente únicamente para nuestra creación. Para mí, el artista que hace esto es un monstruo, una especie de monstruo viviente. Por otro lado, me opongo también a la concepción *del arte por el arte*, y en este sentido mantengo una actitud crítica ante una frase muy reveladora del temperamento de Flaubert. Decía este escritor extraordinario: «Describirás el vino, el amor, a las mujeres y hasta a la gloria con la condición de que nunca seas un borracho, un amante, ni un esposo, ni un héroe», aunque tal vez haya algo de injusticia en esta crítica a la insistencia con que Flaubert se refirió siempre al distanciamiento como elemento necesario de la creación artística. Pero en fin, si nos encerramos en nuestro escritorio, dejamos inmediatamente de ocuparnos de la vida;

nos estaremos ocupando únicamente de una imagen, de un fantasma de la vida. Ahora bien, si por un lado me niego a llegar a los extremos de Renan, cuando dijo que «había trabajado demasiado y que no había vivido lo suficiente», por otro me niego también a caer en los extremos de aquellos escritores que algún día se arrepienten de «haber vivido demasiado y de no haber escrito lo suficiente». Mi ideal parece mucho más sencillo, aunque es cierto que en la práctica resulta mucho más difícil; se trata únicamente de vivir una vida intensa que me permita acumular un máximo de vivencias y de escritura.

Pero aquí surge un nuevo problema, el de una relación más general entre el arte y la vida. ¿Cuál es esta relación y cómo debe darse? Creo que aquí surge nuevamente mi predisposición al conflicto y mi sentido de la contradicción. Enfatizo el desorden y la falta de construcción y de estructura de la vida. La vida es como el cuarto de un niño antes de que lo arregle su mamá. Todo está en desorden y algunos juguetes rotos y el niño a veces llorando y a veces riendo sin que se sepa bien por qué. La vida es desordenada, inesperada, infinitamente sorpresiva; en pocas palabras, un desconcertante coctel de oposiciones. Frente a ella, el arte tiende al orden y es casi siempre todo orden, todo organización de materiales de trabajo. Esto da lugar a dos resultados muy diferentes. Cuantitativamente, es imposible que el arte logre dar cuenta detallada de la vida, o sea que solo logra darnos cuenta de algo que es menos que la vida misma. Sin embargo, cualitativamente, debido a la elección, decantación y concentración que requiere el arte logra reproducir una especie de fibra interior, de fibra íntima de la experiencia humana. El arte puede, en cierta medida, refinar la espesura del desorden de la vida. Creo, pues, que el arte es como una quintaesencia de la vida, que decanta todo lo que en ella hay de excesivo, casi me atrevería a decir de desperdicio, para presentarla en forma purificada.

Pero tampoco esto resulta una solución al problema de la incapacidad del arte para abarcar enteramente la plenitud de la experiencia humana, su descomunal inmensidad. Surge aquí en los escritores la necesidad de utilizar diversas técnicas literarias, pues solo esas técnicas les permiten dar la impresión de estar reproduciendo genuinamente la experiencia infinitamente renovable de una vida. Y en este sentido, en el sentido de que el artista recurre cada día a más y más técnicas novedosas, pienso que solo mediante una serie de *trampas y estafas* logra darnos la impresión de haber disecado la vida toda en un libro.

Creo que en esta visión de las cosas y del conflicto inherente que existe entre el arte y la vida, hay algo original, aunque peligroso, en mi posición. Y en particular en mi posición acerca del escritor entre las muchas vocaciones artísticas. Tal vez esto colorea en algo mi obra, pero lo cierto es que a veces me ha llevado a malentendidos con los críticos. Ello se debe a que a los críticos, y a mí cuando hablo con espíritu crítico sobre otras obras literarias, nos interesa encontrar una estructura clara, un orden total, ninguna digresión; en pocas palabras, ningún desorden vital y, en menos palabras, la menor cantidad de vida posible. Y por ello me atrevo a decir ahora que creo que, debido a estos elementos de elección, reducción, orden, estructura, el arte es en cierto sentido una actividad contra natura y, lo que es más, una actividad monstruosa. El escritor resulta para mí un amante del artificio y un monstruo, al mismo tiempo. El escritor es esencialmente un mentiroso sofisticado. Es también una especie de vampiro que viola y chupa la sangre de los seres que va encontrando en su camino, puesto que todo lo que ha observado lo utilizará tarde o temprano en sus libros. El escritor fiel a su vocación llega a ser de esta manera un inmoral. Y cuanto más sofisticado, cuanto más fiel a su profesión más inmoral todavía.

Al igual que Flaubert, se sentirá siempre atraído por el mal, por el sufrimiento, por las cosas despreciables y viles, y todo ello en la medida en que pueda resultarle útil para sus libros, es decir, en la medida en que esas cosas contengan para él posibilidades estéticas aprovechables en sus libros, en la medida en que sean un material utilizable. Además, y esto es algo fundamental, el artista es inevitablemente poseedor de una suerte de *don*, de algo que en inglés (el término pertenece al campo de la psicología) se llama *empathy*. Esta cualidad (o defecto monstruoso, da lo mismo en este caso), consiste en atribuirle una emoción a la causa externa que la estimula, y puede resultar esencial para una exitosa labor de creación literaria, ya que empuja al escritor a identificarse con el ángel y con el demonio, con la víctima y con el verdugo, es decir, con aquellos personajes de su obra que más admira y que más detesta. Con ello le dará vida a sus libros, con ello romperá con la pobreza de todo maniqueísmo, con ello enriquecerá la vida que late en sus obras.

¿Pero qué pasa con esta manera de ser, con esta facultad tan particular en el artista? Ocurre que debilita sus convicciones morales a fuerza de ser puesta en uso. En este sentido, ya no me cabe la menor duda de que la moral del escritor, en tanto que escritor, coincide pocas veces con la moral pública, o en todo caso con la moral del público. Balzac meditó y escribió mucho sobre este dilema, sobre la di-

ficultad que encuentra todo escritor para lograr un equilibrio entre las exigencias morales de su talento y aquellas de su carácter en tanto que hombre común y corriente.

Por ello, en cierta medida, el escritor es un solitario inevitablemente mezclado a la vida, pero que tiende siempre a situarse al margen de ella. Vive entre los hombres pero con una actitud sesgada, oblicua, una actitud que lo predispone siempre a salirse de lo inmediato, a huir de ello, para tender hacia lo intemporal. Y en la medida en que la palabra clásico quiere decir algo, creo que todos los grandes artistas presentan un elemento clásico en sus obras.

Dicho esto, creo que nadie se sorprenderá de que ahora, además de solitario, afirme que el escritor es también, y básicamente, un egoísta. No recuerdo cuál fue el escritor que se me asinceró una tarde y me dijo que si no hubiese sido el más grande de los egoístas jamás hubiese escrito sus libros. En fin, sí recuerdo quién era ese escritor, pero no es este el momento para andar traicionando las asinceradas de la gente solitaria y sus confesiones en los gardelianos cafés donde van los que tienen perdida la fe. Me decía aquel tierno y solitario vampiro que el escritor no puede permitirse el lujo del altruismo y que por ningún motivo del mundo podía verse envuelto en emociones, ni siquiera en amores, es decir en las emociones y los amores que pretendía utilizar luego en la creación de una obra de arte. ¿Y ello por qué? Porque el escritor que hay en un hombre se traga al hombre, porque el escritor se le adelanta al hombre, y nace inmediatamente el egoísta, surge inevitablemente el egoísmo. Debo decir que no es este mi caso, aunque también debo decir que a veces ha sido también mi caso, pero con su variante personal, porque yo siempre he sido dócil, obediente, poco agresivo, y excesivamente sentimental.

Pero volvamos a lo más general. El egoísmo se convierte en algo inevitable, porque el artista serio tiene que creer en la importancia de su arte. Pienso, francamente, que es parte de la dignidad de un escritor el creer que lo que escribe es importante y el escribir como si sus libros estuviesen destinados a perdurar. Y también por esto, por la posibilidad que tiene cualquier artista de convertirse en lo que se llama *un inmortal*, es que me he negado a concebir su destino en términos trágicos.

Me he referido anteriormente a mi predisposición al conflicto y a la contradicción. Creo que debo extenderme un poco más sobre este punto pues en pocas palabras no me es posible explicar en qué consiste esa predisposición. Se trata más o menos de lo siguiente, por un lado, he hecho hincapié en aquello de que el arte puede y hasta

debe distorsionar la moral pública y, por otro, no puedo negar que, llegado el momento de escribir, me he guiado mayormente o, mejor dicho, he seguido mayormente los requerimientos de mi vida personal, de mi vida privada, y no los de mi escritura. Ello podría explicarse por el interés que pongo siempre en la simbiosis, pero no es así. Creo que lo que logro hacer y lo que explica la forma en que resuelvo esta contradicción es el puente que trazan los elementos profundamente personales que están presentes en tantas páginas de las que he escrito. Y no estoy hablando aquí de una tendencia a lo autobiográfico. Estoy hablando de un estilo que se ha ido adecuando poco a poco, por una necesidad interior, al desorden de la vida, sin que por ello pretenda ser aquel autor que ha logrado meter la vida en un libro, ni mucho menos aquel que ha alcanzado el ideal de Mallarmé de que toda la vida se acabará en un libro que la abarque toda. Más me interesa el ideal de Cortázar de que un libro termine en la vida, ese ideal intuitivo e ilógico de llegar a redactar algún día la vida misma como si se tratara de un libro. He comparado los libros o artículos que he escrito, las charlas que he dado, las clases que he dictado; en el fondo se parecen enormemente, por haber sido trabajadas más con los nervios que con la inteligencia, más por caminos intuitivos e irracionales que por logros culturales. Por eso es que no puedo identificarme profundamente con las obras que son únicamente inteligentes o imaginativas.

No hay, en este sentido, contradicción ni siquiera aparente entre mi oposición al arte puramente intelectual o imaginativo y mi implícita aprobación de una escritura personal. Y así creo que resuelvo día a día las contradicciones anteriormente mencionadas. Es decir, las resuelvo como tantos otros artistas porque me declaro responsable único de mis escritos y, lo que es más, responsable único ante mí mismo como hombre común y corriente. Mis libros no son un obsequio ni un tributo a un público que gusta de lo que escribo. Hay artistas que producen sus obras como quien se quita el saco para ponerlo sobre un charco de agua por el que va a pasar una linda señorita. Yo me quito el saco solamente cuando hace calor. Me refiero a cuando escribo, claro está. En lo demás también soy como los demás. Y peor todavía, porque a veces me gustaría quitarme el saco varias veces al mismo tiempo, con muchísima emoción al mismo tiempo, también. Pero volviendo a la escritura, tras haber recuperado todos mis sacos, debo decir, que prefiero dar un libro como un árbol da su fruto, y ello sobre todo cuando escribir se convierte para mí en una fiesta personal y en una necesidad fisiológica, casi como un sedativo, muy análogo al acto

de amor. Escribir me ha salvado de más de una crisis, aunque luego me haya metido en otra peor. Eso qué importa.

Ya sé que esta lealtad a mí mismo y esta aparente falta de interés por las exigencias del público ha motivado que alguna gente me considere un irresponsable. Lo sería, tal vez, si no aceptara las ocasiones, como esta, de explicarme. ¿Por qué no soy irresponsable? ¿Por qué he dicho que la falta de interés por las exigencias del público es solo aparente? Porque creo que el escritor, tal como lo he venido describiendo, y en particular el escritor que soy yo, solo puede serle leal y fiel al público y a la crítica cuando es leal y fiel a su propio temperamento. Esta lealtad y fidelidad a mí mismo, a mis dudas, a mis contradicciones, es para mí la más grande prueba de respeto que puedo mostrarle al público y a la crítica.

Ahora bien, me preguntarán ustedes en qué consiste esta lealtad a sí mismo. Voy a explicarlo muy claramente. Significa, por ejemplo, no tomar partido en asuntos que aún no he estudiado a fondo, en asuntos que he dejado de lado por simple fruto del azar o por la validísima razón de que no le interesan a la persona que soy. Porque nadie podrá jamás hablar de algo que no le interesa, con sinceridad, aunque haya agotado todos los libros que hablan de ese tema. Consiste también esta fidelidad en no dárselas de enterado en asuntos sobre los cuales vacilamos. Consiste también en no intentar guiar a nadie por senderos que aún no hemos recorrido o hacia objetivos que no están todavía claros para uno mismo. Esta lealtad a sí mismo es respeto por el público y abarca, creo, todos los derechos y obligaciones de un escritor ante el público y la crítica.

Y esto me lleva al punto final. Es decir, a las obligaciones que tienen el público y la crítica ante un escritor. ¿Cuáles son? En primer lugar, acordarle el derecho a ignorar aquellos asuntos que no interesan a su yo profundo, que no afectan a su yo profundo. En segundo lugar, no obligarlo a parecerse en un libro nuevo al escritor que fue en un libro anterior, puesto que si ha dejado de sentir y de pensar como antes, y sigue escribiendo igual, será obligatoriamente un escritor y un hombre que miente. En tercer lugar, no hacerlo sentirse impotente para la literatura y no creer tampoco que lo es porque se ha encerrado en sí mismo o porque está disfrutando de la vida en vez de estar escribiendo. En cuarto lugar, no pensar que se ha convertido en un hombre desagradable porque nos sorprende con un libro totalmente diferente al que nos gustó la vez pasada, o porque nos suelta una inesperada puya. En quinto lugar, darle la libertad de guardar silencio cuando ignora un asunto. En resumidas cuentas,

darle la libertad de seguir sus propios senderos porque son los únicos viables o correctos para él. Y creo que de esta manera, habiendo cumplido el público y la crítica con sus obligaciones, y también el escritor con las suyas, el vampiro inmoral del que hablé anteriormente se habrá convertido en un hombre honesto, y el sofisticado mentiroso en un mentiroso que solo dice la verdad, como decía Cocteau, y el escritor, venga de donde venga, en un hombre bueno, en el buen sentido de la palabra, como decía Antonio Machado.

[*Oiga*, Lima, 25 de enero de 1982: 63-64]